

GRAFISTMOS

Monique de Roux



Mujer con gato, 2009. Cortesía Galería Pelayo 47, Madrid

Felipe Hernández Cava

Hace unos días la galería Pelayo 47 de Madrid ponía término a la exposición de esta pintora, dibujante y grabadora, nacida en París en 1946, por la que siento una inmensa debilidad desde que la descubriera en galerías como Seiquer o Tórculo, y cuyo premio Penagos de dibujo en 1991 consideré uno de los más justamente merecidos en la historia de este galardón.

Me interesan sobremanera los artistas que exploran esa frágil franja que media entre el sueño y la vigilia, esos instantes en que la conciencia,

como diría María Zambrano, todavía no ha comenzado a establecer la continuidad entre el ayer del momento anterior a la caída y el hoy en que definitivamente se despierta, como me interesan aquellos otros (Andrés Rábago, por ejemplo) que desbordan el presente para elevarse a un nivel superior de conocimiento, porque en unos y en otros advierto un interés nada común por regresar al lugar fundamental de la vida. O lo que es igual: por ser más intensamente verdaderos.

Para adentrarse en las regiones más valiosas de la realidad no me parece que podamos recurrir a otros

ámbitos mejores que a esos que habitualmente dejamos de lado por considerarlos poco significativos del tiempo humano. Y en el duermevela desde el que mira Monique y en el que están instalados sus personajes, con ese hieratismo estatuario tan propio de los estados transitorios (son casi arquetipos), es donde el espectador no prejuiciado puede intuir algunos indicios de eternidad.

No creo, como algunos sostienen esquemáticamente, que su figuración responda a esa necesidad que algunos artistas han poseído a lo largo de la historia en no perder el vínculo con el orden o con la

armonía. Es cierto que podemos hablar de la búsqueda de una integridad perdida en la que lo real y lo fantástico, lo racional y lo mágico, lo poético y el pensamiento puro no estaban claramente disociados, pero me niego a dar por hecho que en su obra todo se pueda resumir en una mera reivindicación del clasicismo, que es cosa bien diferente y en la que andan enredados algunos compañeros suyos (con los que a veces ha llegado a compartir estudios), en los que sólo encuentro pastiche y frialdad, mucha frialdad.

En los treinta años, más o menos, que he seguido con interés su



Sansón y Dalila, 2009.
Cortesía Galería Pelayo 47,
Madrid

proposición, y, sobre todo en su magisterio del dibujo ("El dibujo es la probidad del arte", recordemos que dijo Ingres), la he ido viendo construir un canon único de la figura humana en el que la corporeidad y la plenitud eran las dos patas que sostenían su ideal. Por descontado que era posible seguir también el rastro de sus citas (esas figuras que duermen como las de Piero, aquellas que se sumergen en las aguas y alzan su saya como las de Rembrandt, las que corren tan serenamente espasmódicas como las de Botticelli, las que celebran la vida como las del Picasso de los años 20 -cuando el malagueño llevó los volúmenes a lo pictórico-, la azul negritud de los bodegones de Cézanne...), pero esas citas tenían en ella un sentido y se fundían sin problemas en ese todo luminoso en el que lo áureo permanece en la subteraneidad de la obra.

El otro aspecto que me subyuga de esta mujer es el orden que todo lo preside, y que tampoco es ese orden del ayer, al que antes hice referencia: una arquitectura precisa leída por igual en un paladín del dibujo como Ingres ("Las bellas formas son planos rectos con redondeles"), como en un Cézanne allanando el camino a las vanguardias ("En la Naturaleza no hay más que esferas y cilindros").

Un orden en el que todo tiene la escala que se merece, y en el que una casa pueden ser más pequeña que un personaje y un caballo hallarse fuera de proporción, y al que sobre todo el color (que era el acto y el padecimiento de la luz, a ojos de Goethe) no deja de ajustarse como en esas partituras musicales en las que las notas han sido sustituidas por gamas cromáticas. Porque, en

efecto, parece a simple vista que ella dibujara con esa línea gruesa con la que subraya el contorno de los objetos, las fronteras de cada uno de los mismos, pero es en última instancia el color con el que verdaderamente lo hace.

Ante esos falsos sueños (no lo son, repito: son otra realidad), uno puede perderse en la interpretación de su simbología, lo que sería

empobrecerlos, o aceptar simplemente, que es lo que yo prefiero, establecer con ellos un diálogo emocional como el que se podría mantener con los dioses si nuestra vida, transitoria e hija de esta civilización, no estuviese tan enferma como para haber perdido la capacidad de contemplación y, lo que es más grave, la de las visiones precisas.



Bodegón con personajes, 2009. Cortesía Galería Pelayo 47, Madrid